

INDICE:

751

Nuestra página de honor: ¡Ángelus! ¡La Tísica! Juan RAMÓN JIMÉNEZ.-Sonata: José M.ª PEMÁN.-Paz en la guerra: La siembra nueva: Francisco MONTERO GALVACHE.-(De Canciones de Eva): Eva CERVANTES.-Elegías: Juan RUIZ PEÑA.-Ocaso: Ella marinera: Juan de OYARZÁBAL.-Romance del cielo de Cádiz que se vistió de torero: Geometría de Flechas: Sebastián SOUVIRÓN.-La Canción: Rosario SANORES.-Quisiera ser...: Eduardo de ORY.-No vayas sola a la fuente: Pragmacio SALGADO (De "Mirador").-Flechas y rosas: Manuel CHACÓN SÁNCHEZ.-Palabras sobre la poesía infantil: P. PÉREZ CLOTET.-"El sentido de lo justo en Lope de Vega": III: Angel RODRÍGUEZ PASCUAL.-El Otoño del poeta: Novela corta (continuación): P. MONTERO GALVACHE.-Bibliografía: Intimidades literarias: Pascual SANTACRUZ.-Nota de júbilo.-Revista literaria ilustrada "GENTE CONOCIDA".-Tratado de los Vinos: Edición especial de D. Luis PÉREZ SOLERO. Portada, alegoría de CAUCES: PADILLA.



Número 9

Marzo 1937



CAUCES

REVISTA LITERARIA

JEREZ

EDITADA POR:

FRANCISCO MONTERO GALVACHE
 JOSÉ M. HERNÁNDEZ-RUBIO
 PEDRO MONTERO GALVACHE

Ayuntamiento de Madrid

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y Estaño, montada con los adelantos más modernos de la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

FOTO ARTÍSTICA

PANIAGUA

José Antonio Primo de Rivera, 47. JEREZ

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

**ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :-: COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO**

JEREZ DE LA FRONTERA

Lea

"GENTE CONOCIDA"

La revista ilustrada que dirige
- el poeta Eduardo de Ory. -

ALAMEDA APODACA, 17 y 18.-CÁDIZ

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de todas clases.-La más visitada.

Taller para Aficionados.

Santa María, 15. JEREZ

E. RIVELOTT

Tapones CORONA

Precintaje en general

General Sánchez Mira, 25. JEREZ

El abogado y periodista Manuel Enríquez Romá, redactor de AZUL, ha sido nombrado Corresponsal de CAUCES en la bella ciudad de Córdoba.

—En Canarias, nuestros amigos y lectores tienen su Corresponsal en la Librería HISPANIA, de Las Palmas.

—En Ayamonte (Huelva), nuestro corresponsal es el poeta M. Barroso Hernández, y en Cádiz, la librería CERVANTES, de la calle Columela.

Nuestra página de honor

¡ÁNGELUS!

Mira, Platero, qué de rosas caen por todas partes: rosas azules, rosas blancas, sin color... Diríase que el cielo se deshace en rosas. Mira cómo se me llenan de rosas la frente, los hombros, las manos... ¿Qué haré yo con tantas rosas? ¿Sabes tú, quizás, de dónde es esta blanda flora, que yo no sé de dónde es, que enternece, cada día, el paisaje y lo deja dulcemente rosado, blanco y celeste— más rosas, más rosas—, como un cuadro de Fra Angélico, el que pintaba la gloria de rodillas?

De las siete galerías del Paraíso se creyera que tiran rosas a la tierra. Cual en una nevada tibia y vagamente colorida, se quedan las rosas en la torre, en el tejado, en los árboles. Mira: todo lo fuerte se hace, con su adorno, delicado. Más rosas, más rosas, más rosas...

Parece, Platero, mientras suena el Ángelus, que esta vida nuestra pierde su fuerza cotidiana, y que otra fuerza de adentro, más altiva, más constante y más pura, hace que todo, como en surtidores de gracia, suba a las estrellas, que se encienden ya entre las rosas... Más rosas... Tus ojos, que tú no ves, Platero, y que alzas mansamente al cielo, son dos bellas rosas.

LA TISICA

Estaba derecha en una triste silla, blanca la cara y mate, cual un nardo ajado, en medio de la encalada y fría alcoba. Le había mandado el médico salir al campo, a que le diera el sol de aquel mayo helado; pero la pobre no podía.

—Cuando yego ar puente— me dijo—, ¡ya v'usté, zeñorito, ahí ar lado que ejtál, m'ahogo...

La voz pueril, delgada y rota, se le caía, cansada, como se cae, a veces, la brisa en el estío.

Yo le ofrecí a Platero para que diese un paseíto. Subida en él, ¡qué risa la de su aguda cara de muerta, toda ojos negros y dientes blancos!

...Se asomaban las mujeres a las puertas a vernos pasar. Iba Platero despacio, como sabiendo que llevaba encima un frágil lirio de cristal fino. La niña, con su hábito cándido de la Virgen de Montemayor, lazado de grana, transfigurada por la fiebre y la esperanza, parecía un ángel que cruzaba el pueblo, camino del cielo del sur.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Ayuntamiento de Madrid

Sonata

Para Augusto J. Conte.

Por las calles sombrías de la oscura alameda
ya las brisas de Otoño con sus largos quejidos
se han llevado las hojas y los ramos caídos;
ya está sola y sin flores y sin luz la arboleda...
¡y los árboles secos!... ¡y las ramas sin nidos!...

¿Para qué amar las cosas?...

...¿Para qué amar las rosas
y los dulces rumores y las bocas graciosas
que nos dicen promesas que jamás nos darán?
¿Para qué amar las cosas
si las cosas se van?...

Todo el mundo es Otoño: corazones sombríos
con un hambre insaciable de soñar y creer;
corazones llagados de mortales hastíos,
corazones desiertos... ¡palomares vacíos
de las blancas palomas que anidaron ayer!

¿Para qué decís trinos de tan gratos rumores
en las frondas oscuras? ¿Para qué ruiseñores?...
¡Si es la vida un quebrarse de mentidos amores,
y un volar de palomas que jamás tomarán,
y un camino sembrado de punzantes dolores,
y una brisa de Otoño que sacude las flores,
y un rumor de hojas secas que, cantando, se van! ..

¡Oh mujer bien amada, que en mi senda perdida
eres luz de esperanzas a mi paso encendida!...
...¡y pensar que es tu vida mi ilusión más hermosa!...
...¡y pensar, bien amada, que es tan frágil tu vida
como un tallo de rosa!

La siembra nueva

¡Qué santa alegría, Señor, la de sentir en el alma el dolor de los caminos redimidos! Esta sencilla paz de los campos que lo invade todo: canalones y acequias, bancales y lomas, tierra y aire, con una purificación de pecado bajo estos sagrados rezos de olivos que huelen a resurrección y júbilo. He visto la torcedura gloriosa de los brazos campesinos, uncidos de sol y de pan, con el temblor humano de la siembra. Parece, como si buscaran afanosos en los surcos, con los ojos llenos de nostalgia, en las mañanitas claras y gozosas de la aldea, de la cortijada, de los bancales largos y apretados.

En los llanos, hay un alborozo de boda, cuando rueda en la besana de la tierra el ritmo de la yunta, lenta y cansada, con un comprensivo cansancio de espera de cosecha. ¡Qué divino goce este goce del alma estremecida de vigiliás, cuando se mira en las lomas lejanas la dulce floración dorada del sol tibio y quieto, que llega así, tembloroso y suave, burlando a la lluvia y traspasando de amor a las viejas encinas!

Cerca, la tierra se abre como una esponja de llanto al dolor de los pobres, y la lluvia, blanda y rumorosa, canta en la reja del arado y en los ojos del labriego, su idílica tonada de anunciación. Se hunde la cuchilla en el surco, y en la negra vertedera salta la tierra ensangrentada y viva, con una palpitación casi de fruto, para que luego, bajo un son de campanas de ermita, vengan las mozas en ronda de sueños, con la quietud cantada de sus voces y el temblor moreno y duro de sus manos, a derramar la semilla de la siembra nueva, con un olor a pan bendito y a oración de aldea. Se retuercen las cepas, Señor; y entre mis manos, crispadas por el dolor de los que sufren en esta pelea de glorias y de sangre, he visto saltar esa tierra, y la he besado, Señor.

La he besado con calor suave de esperanza y calor encendido de deseo, porque tiene en su entraña el riego de la sangre y el ardor de las vigiliás largas, en la crudeza de los fríos, frente a la muerte, bajo las llamas de las hogueras en la tensión de las guardias heroicas.

Sálvanos Tú, Señor:

Por esta paz de los caminos redimidos, que ya huelen a incienso, a boda, a pan de medio día de labor.

Sálvanos Tú, Señor:

Por el fresco correr de las torrenteras en los días de sol, por las voces claras y azules de las campanas de ermita, por estas santas canciones de las mozas que levantan sus manos morenas y duras, en la comunión de tu siembra de paz.

Haz eterna la primavera que florece en los surcos, para que un sol, henchido y glorioso, nos traspase de amor en el duro aprendizaje de esta sembradura sangrienta con que hoy herimos la tierra de la Patria.

Oyenos, Señor, para que pronto cantemos la canción de la nueva cosecha.

Francisco MONTERO GALVACHE

(De Canciones de Eva)

¡Peregrino!

Esos lirios de tus ojos,
ese marfil de tu frente,
esa cera de tus manos,
esa boca — fuego y nieve — ;
¿No son ardientes cenizas
del gran volcán que en tí tienes?...

¡Peregrino!

Esa senda toda en sombras
donde tu mirar se pierde,
esa voz, cristal de lágrimas,
tan cercana, tan ausente...
¿No son el triste reflejo
de la llama que te enciende?

¡Peregrino!..

...Antes que de mí te alejes,
sobre tu herida más honda
quiero una rosa prenderte...!

EVA CERVANTES

Elegías

I

Este verde alboroto,
Olor inmenso, — mar,
Que hermosamente abarca
En su amplitud redonda
Lo infinito, ¡cuán fija
En la memoria deja
Su soledad, que exalta
Lo triste de la ausencia!

II

Sobre el cristal la nieve
Chocaba.

(Rubia y triste,

Sonreías a esa amable
Escena que revive
Tu memoria en la lámpara;
Allí, la tarde asiste,
Azul, y en su misterio
El barrio, donde firme
Esperaba tu sombra
A ese Sér invisible
Que al dolor aconseja,
Que en lo eterno confíe.)

JUAN RUIZ PEÑA

OCASO

Ya se ha muerto el sol.
¡No te mueras, mar!
Mar azul y claro.
Vive. No te mueras
convertido en lago.

Sálvate. Despierta...
Búscame allá lejos...
Huye del abrazo
que te tiende el puerto.

No mientas amor.
¡Huye lejos, mar!
Huyamos los dos!

ELLA MARINERA

Yo quiero una mujer clara y salada,
de blancura de espuma
y sonrisa de algas.

Desnuda en una roca,
dormida, desmayada,
para que yo navegue por su pelo
y su carne de nácar.

La quiero
que sus abrazos tengan marejada,
y naufragios sus besos,
y gris y azul y plata su mirada.

Y que sean sus dedos largos, largos
tendidos sobre el agua,
un pañuelo verdad para mis ojos
cansados ya de tanta seda blanca.

JUAN DE OYARZÁBAL

Ayuntamiento de Madrid

Romance del cielo de Cádiz que se vistió de torero

A Julio Estefanía

Vestido de torero
estaba el cielo de Cádiz.
Los jirones de las nubes
eran alamares viejos
arrancados de los trajes
del «Tato» y del «Espartero».
Eran alamares viejos
que recortaban intactos
el azul claro del cielo.
¡Y el capote!
El capote de paseo
hecho con azul de mar,
bordado en sal de las playas
y en olas de terciopelo.
El Sol saltó la barrera
entre la mar y los cielos,
y el traje quedó manchado
de un tinte rojo sangriento.
Quedó el capote extendido
dando una larga en el ruedo
y el Puerto, la Isla y Chiclana
fueron los banderilleros.
La salinas se pusieron
sus mantillas de pirámides
por presenciar el festejo.
Y el cielo, vistiendo el terno
aquél, azul y oro pálido
les brindó el toro primero.

Geometría de Flechas

Por los cinco caminos inexactos
envueltas por la bruma incorporada
como tiras de plata por los aires;
como estrellas dormidas en hamacas,
cinco afanes de Imperio, verticales:
geometría rotunda de la carne,
flechas ardientes de ilusión geométrica
se levantan del sueño de la sangre
cuando rompen los cinco tornasoles
el crepúsculo intacto de la tarde.

SEBASTIÁN SOUVIRÓN

Ayuntamiento de Madrid

La Canción

Yo he vivido mis horas lo mejor que he podido.
No ambicioné riquezas, ni fama, ni laurel;
he procurado siempre dar mi pena al olvido
y, al igual que la abeja, fabriqué rubia miel.

Nunca me hirió la envidia con sus dardos agudos;
jamás el bien ajeno dióme sabor de hiel,
ni del remordimiento sentí los fuertes nudos,
porque fuí generosa, consoladora y fiel.

Un día por mi lado cruzó la dicha. Ansiosa,
tendí las manos; pero, cual leve mariposa,
su vuelo alzó ligera, burlando mi inquietud.

Yo la miré perderse bajo el sol abrileno,
y erguida en los divinos mirajes del ensueño,
hilé otra vez mi dulce canción de juventud.

ROSARIO SANORES

Quisiera ser...

Ser tu espejo—¡oh ilusión!—yo desearía
por retratar tu espléndida hermosura;
y tu collar, que como el sol fulgura,
pues tu cuello de nieve abrazaría.

Y ser tu peñecillo anhelaría;
y la flor que te adorna, cual tú, pura;
y el cinturón que ciñe tu cintura,
y ser tu anillo mi ilusión sería.

Que por vivir contigo, eternamente,
convirtiérame yo, gustosamente,
en lo que más tus manos acaricia;
Y fuese a un tiempo, que collar y anillo,
flor, cinturón, espejo y peñecillo...
¡Y todo cuanto forma tu delicia!

EDUARDO DE ORY

Ayuntamiento de Madrid

NO VAYAS SOLA A LA FUENTE

No vayas niña a la fuente
si no vas acompañada
porque la noche está cerca
y es larga la caminata,
y en tu calle las vecinas
tienen la puerta entornada
contándote los minutos
para saber lo que tardas...

¡Fíjate, que ya tu cuerpo
tiene formas de tanagra,
y hay dos luceros prendidos
en la red de tus pestañas!
Que está muy lejos la fuente
y está cercada de jaras,
y hay un mocito impaciente
que en un recodo te aguarda
y espera calmar su sed
en el frescor de tu cara...

No vayas sola a la fuente
del chorrillo de agua clara,
y acuérdate de la historia
de aquella moza serrana,
que rompió su cantarito
en una noche de plata
y sin poderlo evitar
perdió una joya estimada...

¡La luna está entretenida
hilando algodón en rama...!
Tan tarde no vayas niña
solita y sola por agua,
porque el chorrillo está lejos
y está cercado de jaras,
y las vecinas te espían
para saber lo que tardas...

PRAGMACIO SALGADO
(De "Mirador")

Flechas y rosas

EL PUEBLO

Quedó prendida en sus caireles. «¡Es nuestro destino! Enredaos, como los flequillos de tu mantón». Una risa cascabelera que fallece en ritmo, en armonía. El surtidor se desgrana en perlas sobre la taza de porcelana. Una frase del macho, envuelve en su vaho todo el sér de la hembra, en el que se acomoda, se acurruca. Cantares populares. Griterío del Mercado. Pregones, piropos, decires... En una esquina, el guapo, recostado, caído su sombrero de ancha ala, provocativo, tiende sus redes. Las muchachas pasan triunfadoras. Hay un halo de pasión que envuelve a la ciudad. ¿Por qué Malvaloca fué malagueña?—se dice, se murmura, que, porque tenía el corazón en la cabeza.

LA ALTA SOCIEDAD Y LA MESOCRACIA

Una noche de luna, de luna de fuego. Cae el bochorno pegajoso y húmedo, como un castigo. Farolillos, gallardetes, focos voltáicos en los Baños del Carmen. En una cala, aguas del Mediterráneo duermen. Todo el mar es un lago, un estanque de aguas termales. En la cala, juegan al water-polo. En la costa las mujeres más hermosas de la tierra hispana: rubias, de ojos negros; morenas, con ojos azules, relucientes de joyas, de juventud y de alegría. Sus airosos mantones bordados, desprenden reflejos metálicos. Los acompañantes, vestidos de smoking, engarzan las charlas frívolas, degustadoras del vivir. Las mesas brindan banquetes de Baltasar. En las copas, escancian el rico dulce de la tierra y el champán de postre. Alrededor, la mesocracia, imitadora, desea participar de aquella alegría de la naturaleza y de la vida. Hacen como si se divirtieran. Con sus chicas, vestidas al crédito, sus mantones del ahorro de tantos años, frente a la mesa de cafés y chocolates, churros y picatostes, y su co-pita de ojén.

Más allá, al resplandor de las luces y del bullicio, los que no pudieron entrar, llénan las ventanillas cercanas del camino, rodean los coches para presenciar al señorío. Vaporcitos de cahuets, puestos ambulantes de turrón, juguetes y refrescos.

La fiesta eterna de Málaga. En el estío, estación de veraneo. En el invierno, clima primaveral. En la primavera, competencia con las famosas fiestas de la capital de Andalucía. ¿Por qué Malvaloca fué malagueña?; se dice, se murmura, que, porque tenía el corazón en la cabeza.

PRESENTE

¡Se ha tomado Málaga! Málaga, la sin par alegre y reidora. La que tuvo el buen gusto de extenderse en ciudad jardín. Chalets modestos, chalets lujosos, casas de campo trepando las colinas y los parajes de la costa más lejos de la ciudad. La Caleta, El Limonar, Torremolinos, Marbella, Vélez-Málaga. Naranjos, rosas y limoneros, rodeando la vivienda. Pasión, perfume y amor, por los rincones más extraños. ¡Se ha tomado Málaga! ¿Qué fueron de las casitas de rosas de invierno, de limoneros y de naranjos? ¡Cuánta desolación! El huracán que pasa por España las há derribado.

A la llegada de las tropas, salieron por los caminos, por las calles de la ciudad, el señorío y el pueblo. Envueltos en dolor y ruínas. Con la mano abierta y en alto, clamando pan y justicia. Más tarde, cuando los primeros días de liberación pasaron, Málaga, hundió su barbilla en el pecho. No volverá Malvaloca a ser malagueña. No volverá a tener el corazón en la cabeza.

MANUEL CHACÓN SANCHEZ

Palabras sobre la poesía infantil

Los buenos amigos de esta admirable ciudad, de esta «flor de España», como la llamó Góngora, han querido que yo diga unas palabras en esta Fiesta dedicada a los niños. Y cómo no complacerles. Cómo no complacerles cuando, además, es tan grato colaborar, aunque sea en forma modestísima, en una Fiesta como la presente, Fiesta de Poesía, de Poesía infantil, que es tanto como decir doblemente poética.

Pocas tareas más gustosas que trabajar en infundir en los niños el amor a la poesía, al arte en general. Que es como ayudarles a penetrar en la vida por altos ventanales de espiritualidad, que ya siempre, en medio de las mayores tinieblas, de los mayores zarpazos de la realidad, bañen sus ojos de luces imprevistas y consoladoras y pinten en sus almas luminosas sendas, floridas alhambras de ensoñaciones.

Se rodea a los niños de múltiples juguetes, que distraigan sus tiernas horas, que despierten su interés y aviven su ingenio. ¡Qué juguete tan maravilloso es la poesía! «Se ofrece la Poesía al hombre—ha escrito mi querido amigo el buen poeta Olivares Figueroa—como un insigne ocio, a veces como trampolín de lo alto; para el niño es sólo un juguete, un divertimento». Es verdad. La poesía en las manos de los niños es ese delicioso juguete que pueden traerles a cualquier hora unos Reyes Magos más seductores que esos que una vez cada año, por caminos de nieve y en fastuosos dromedarios, llegan a la tierra vieja de los hombres, para dejar en el corazón de la infancia un reguero de pura felicidad. La poesía es el juguete de los Reyes Magos de todo el año, siempre dispuestos a sembrar una ilusión, a iluminar una conciencia.

Felices los niños que pueden, que saben deleitarse con ese juguete tan frágil por delicado de la poesía, encantar con él sus primeros pasos por la vida, deletrear en su misterio sus primeras y más puras emociones.

Ya pueden los niños jugar con la poesía. Los hombres, los poetas—esos Reyes Magos de la tierra—, que saben bien el poder educador, pedagógico de la poesía, se la van proporcionando cada día con mayor ahinco y fervor. Y van abriendo ante sus pasmados ojos sus entrañas de luz y maravilla—ya sabéis que los niños no se contentan con manosear sus juguetes, sino que en seguida que los cogen quieren saber lo que tienen dentro—, para que aprendan a sacar provecho y utilidad del inefable juego poético. Aun andan por ahí rezagados que no comprenden estas cosas. Pero esos son los hombres que nunca fueron niños de verdad, que no son capaces de hacerse nunca niños, porque no son capaces de despojarse de su odiosa tiesura, de su seco corazón, insensible a toda llamada idealista. Mirémoslos con indiferencia, con desprecio, como a seres de un planeta inútil y lejano.

Pero lo que sucede—volviendo al hilo del asunto—es que resulta difícil construir ese frágil juguete que es la poesía infantil. Todo el cuidado, todo el primor

que se ponga en la tarea es poco. Porque los niños tienen—ocioso es decirlo—exigencias, gustos bien distintos que los hombres.

De aquí que, para muchos, tengan los poetas, para acertar—fórmula vaga y peligrosa—, que volverse niños. Niños grandes, que unos momentos dejan sus preocupaciones, su complicada sabiduría, para desnudar el alma y ungir la de esas puras emociones de infancia, que el hombre lleva dormidas en su corazón. Pero ¿qué es, en el fondo, todo poeta, sino un niño grande, un alma perennemente niña? «Los poetas son hombres que han conservado sus ojos de niño», ha dicho Daudet. Y ya sabéis que para Cocteau el poeta vive en una infancia prolongada.

El peligro no está en ese mundo ingenuo que se pretende conquistar, sino en nosotros. El peligro no está en la falta en ese mundo de auténtica materia artística—ya que ésta es tan superabundante—, sino en la casi imposibilidad de hacer nuestro arte adulto y sabio, sin caer en el ridículo, fresca y pura carne de niñez. Unamuno ha llegado a decir: «El niño nace artista y suele dejar de serlo en cuanto se hace hombre. Y si no deja de serlo, es que sigue siendo niño».

De aquí que, según otros, no pueda hacerse poesía infantil sino tomando como base esa poesía ingenua, misteriosa, que constituye el patrimonio universal y tradicional de los niños; sino partiendo de esos encantadores disparates de la infancia, que a nosotros nada nos dicen, pero que a ella tanto le cantan. Sino yendo al mundo sencillo de los niños para pescar sus áureas joyas y engarzarlas después en el hilo de alguna glosa. «Es absurdo—ha escrito Pemán—pretender cantar para los niños, suplantando nosotros sus almitas arbitrarias e intentando adivinar sus gustos incongruentes. Aniñarse así, suele ser entontecerse. No hay más poesía para niños que aquella que arranque de los bellos y eternos disparates, aprobados por el ancho plebiscito de sus rondas, en las alamedas de tantos países, bajo el sol de tantas tardes».

Pero en lugar de hablar de poesía para niños (ha dicho Benjamín Jarnés certamente) debe hablarse de poesía «de niños». «Mayor o menor, fácil o difícil, patética o risueña, pero siempre nacida en estado de gracia. En ese estado al que debe volver el poeta más viejo—y complicado y «resabido»—si quiere producir la buena poesía «de niños», para todo el mundo...» Estas palabras me parecen la mejor definición, la mejor teoría de la poesía infantil. La única aceptable, por ser la más completa. Poesía de niños. No poesía para niños. Porque ¿es que el poeta sabe muchas veces que hace poesía infantil? Y sin embargo, su obra puede resultar encantadora poesía de este tipo. Abrid la bellísima Antología de «Poesía infantil recitable», de Sánchez-Trincado y Olivares Figueroa; abridla, y os encontraréis multitud de poesías no para niños, sino de niños. Multitud de poesías no infantiles en el propósito, pero magníficas poesías infantiles en el resultado. Sólo—¿para qué más?—porque fueron escritas en ese estado de gracia indispensable que postula Jarnés.

Puede objetarse, se objeta ciertamente, que con frecuencia resultan difíciles, incomprendibles para los niños estos poemas que no arrancan de las canciones, coplas, giros misteriosos, palabras incongruentes—que diríanse elementales metáforas—que, solas o frecuentemente unidas al ritmo musical, y como una prolongación de las pueriles combinaciones fonéticas con que el niño rompe a ha-

blar, y que para algunos constituyen verdaderos ritmos, hacen la delicia de los pequeños. Mas tal objeción tiene poco valor. No es preciso que los niños comprendan una poesía en seguida. Casi podría decirse que no es preciso que la comprendan nunca. Que comprendan exactamente lo que el poeta quiso decir. Basta que la comprendan a su modo, como a su modo entienden—y ya sabemos cómo les cautivan—esos giros arbitrarios, sin sentido alguno, que constituyen la base de muchas de sus coplas y cantares de rueda. Lo que importa en definitiva es que, entendiéndola o no, levante en sus almas puras oleadas de emoción. «Llamamos—nos dicen atinadamente los colectores de la Antología citada—infantil a una poesía, no porque sea accesible de repente a los niños, sino porque esté impregnada de esencias infantiles, y a veces, sólo por su acento, por su gracia, por su ingenuidad, por su leve sabor de cosa primitiva, porque no se trata de descifrar la poesía, sino de sentirla. Por eso, Paul Claudel exclamaba: «Oh, poeta, no expliques nada; sólo por tí las cosas se tornan explicables». Palabras estas últimas, como estas otras de un poeta nuestro, Pedro Salinas: «Toda poesía sabe, más o menos, lo que se quiere; pero no sabe tanto lo que se hace. Hay que contar, en poesía más que en nada, con esa fuerza latente y misteriosa, acumulada en la palabra, debajo, disfrazada de palabra, contenida, pero explosiva», que tienden—oh sutil instinto artístico de los niños—un asombroso puente de relaciones, salvando las naturales diferencias, entre la ingenua poesía tradicional de la infancia—poesía de desnuda belleza, de giros sin gramatical significado, pero de tan honda esencia emotiva; poesía que nada explica, que nada dice muchas veces, pero que tanto deleita a los pequeños; poesía de la palabra misteriosa y virgen—y la poesía pura (llamémosla así) de nuestro tiempo. Pero dejemos, aunque a disgusto, esta interesante y sabrosa cuestión. Dejémosla con el recuerdo del gran Tagore leyendo a muchachitos de doce años poemas que muchos hombres no comprenderían...

Pocas tareas, decíamos al principio, más gustosas que despertar en la infancia el amor por la poesía. Pocas tareas más útiles, también. Si la poesía, como el arte todo, es un instrumento magnífico—y esto es indudable—para depurar y afinar la sensibilidad, piénsese en la importancia, en la trascendencia que tiene la poesía para el niño, y en la altísima misión del poeta que hace poesía infantil, del maestro que la hace amar al niño, ya que contribuyen eficazmente a que los hombres sean cada vez más sensibles, que es tanto como decir más comprensivos y más cordiales.

Hace falta un poco más de sensibilidad en las gentes. Como hace falta un poco más de ilusión en el mundo. Y la poesía es el gran resorte para pulir la sensibilidad. Y el mágico talismán para crear y sostener enhiesta la ilusión: ese velo azul, casi impalpable, con que la reina Mab del cuento rubeniano envuelve a unos pobres hombres desesperados; ese maravilloso velo de los sueños, que hacen la vida color de rosa. Ya no hay reinas que en carros contruídos de perlas y volando por rayos de sol, penetren por las ventanas de los tristes mortales, para endulzar su vida. Pero hay ese divino velo de la poesía, de la música, del arte, en una palabra, que nos envuelve en sus sutiles pliegues de oro y seda, como en esplendentes auroras.

Vosotros, queridos niños cordobeses, tenéis la suerte de contar con unos maes-

tros que saben bien lo que la poesía significa para la infancia. Vosotros, queridos niños cordobeses, queridos niños españoles, habéis nacido en una época en que los poetas, los escritores saben acordarse de la infancia. No siempre ha sucedido así. En España no ha habido hasta ahora—cosa bien elocuente—una verdadera literatura infantil, como en otros países. (Sin que esto quiera decir, naturalmente, que falten fragantes y valiosas muestras de ella.) Mas si en nuestro teatro de otras épocas falta la belleza de la niñez, ahí está hoy Benavente, trazando este emocionado elogio del niño: «Las apreciaciones de los niños se refieren siempre a lo espiritual. No verá usted nunca que a un niño, por feo y de aspecto desagradable que sea una persona, se lo parezca, como esa persona sea cariñosa con él. En cambio, como ellos adviertan despego y falta de cariño en una persona, así sea la más perfecta hermosura, no se morderán la lengua para decirle en su cara: «No quiero. Erés muy feo. ¡Qué feo eres! Para ellos la bondad es siempre hermosa; la maldad siempre es fea. ¡Así juzgáramos con tanta rectitud los mayores!». Y si nuestra poesía pretérita ha solido prescindir de los niños, ahí está nuestra poesía actual, cruzada de graciosas vetas infantiles. Y ahí está Juan Ramón Jiménez, deseando vivir siempre en esa «edad de oro» que ponéis los niños dondequiera que estáis, según la expresión de Novalis, «isla espiritual caída del cielo». «Isla de gracia—canta como una oración el autor de «Platero y yo»—, de frescura y de dicha, edad de oro de los niños; siempre te halle yo en mi vida, mar de duelo; y que tu brisa me dé su lira, alta y, a veces, sin sentido, igual que el trino de la alondra en el sol blanco del amanecer».

Me despido de vosotros, niños cordobeses—ninguna despedida mejor—con estas bellas palabras de Juan Ramón, el gran poeta de Platero, ese buen amigo de los niños; me despido de vuestra isla de gracia, alta y pura, a donde voluntades amigas me trajeron, y donde mi corazón se ha hecho niño y, desnudándose unos momentos de toda clase de preocupaciones, ha vuelto a ese paraíso perdido que es la infancia para el hombre, pero que en contacto con la infancia auténtica, es posible resucitar fugazmente como una irreal perspectiva de mágica felicidad.

P. PÉREZ CLOTET

Leídas en el Círculo de la Amistad, de Córdoba, el día 7 de junio de 1936.

“El sentido de lo justo en Lope de Vega”

III

La razón de tal conducta la encontramos en que Lope no amaba por convicción su vivir accidentado; Lope sentía las pasiones con fuerza tan violenta y arrolladora que no podía resistirlas; se sentía esclavizado por ellas; y por eso no las defendía; nadie ama o defiende su yugo. Por eso Lope se rebelaba de vez en cuando con profundos y sincerísimos arranques de contrición y arrepentimiento; eran aquellos periodos luminosos de su vida en que desaparecía el pecador y surgía el místico.

Que Lope no caminaba voluntariamente con irregularidad; que Lope era dominado por las pasiones, nos lo prueba él mismo haciendo patente el engañoso espejismo de felicidad que le ofrecían.

Así vemos como pone en boca de Perseo los siguientes versos dirigidos a Medusa:

«Con lisonjas y blanduras,
la tierna edad engañada,
y después que nos cegais,
nos volveis en piedras duras.
Allí no siente el mancebo
que pierde en ciega pasión
tiempo, hacienda y opinión,
asido del blando cebo,
hasta que en el tiempo justo
desengaña su esperanza
o vuestra fácil mudanza
o su arrepentido gusto.»

Por cierto, que la contestación de Medusa, demuestra claramente que Lope era un profundo conocedor del corazón humano, porque dice

«Cuando no dais en viciosos
es la virtud alabada;
que, de lo que no os agrada,
sois todos muy virtuosos.»

Aunque las consideraciones expuestas sobre la limpieza moral de los escritos del Fénix, no tiene una relación directa con nuestro tema, me ha parecido muy oportuno destacar esta nota, porque lo que más nos interesa es lo que se deduce de su producción literaria, y no lo que se refiere a su vida privada, y hay que reconocer que con motivo del tricentenario de su muerte se han detenido tanto los comentaristas en los devaneos y malandanzas del genial literato que más que honrar su memoria, lo que se ha hecho ha sido entregarlo a la voracidad de un vergonzoso comadreo que ha dejado muy malparada su memoria.

Pero volviendo al tema, y ya que antes expuse que Lope rodeaba de gran prestigio a la justicia real, vamos a detenernos un poco en este punto.

Las figuras regias son tratadas en el teatro de Lope con un cuidado exquisito;

indudablemente, sentía un gran respeto por la autoridad real. Para Lope, el último y supremo resorte para obtener justicia, era acudir al rey. Los reyes son inexorablemente justicieros, porque son la justicia misma.

En «Lo cierto por lo dudoso», pregunta el Rey Don Pedro, a su hermano Don Enrique: «¿Qué es el Rey?». Responde Don Enrique: «Justicia» (12).

Y en esa joya de nuestro teatro romántico, como lo es «El Caballero de Olmedo», se desarrolla la escena siguiente:

«Rey. — ¿Quién da voces?
Condes.— Con la guarda un escudero,
que quiere hablarte.
Rey. — Dejadle.
Condes - Viene llorando y pidiendo
justicia.
Rey .— Hacerla es mi oficio.
Eso significa el cetro».

Criterio que se repite en varias obras, entre ellas «La mayor virtud de un Rey», donde se afirma

«Que al cetro y suprema vara
De la justicia del Rey,
Que es virtud y no venganza,
Toca el hacer la justicia» (13)

Pero este punto de vista, no constituye un capricho de Lope de Vega; tiene un fundamento sólido: que para Lope, la facultad judicial les corresponde a los reyes por delegación divina. Por eso en «El Caballero de Olmedo», le dice Tello el escudero al Rey:

«Oye, pues te puso el cielo
la vara de su justicia
en tu libre entendimiento,
para castigar los malos
y para premiar los buenos» (14)

Tan absoluto y tan puro es el concepto de administradores de la justicia divina, que nadie puede juzgarles si no es Dios.

«¿Tengo yo de medir a un rey la espada, que llega, cuando quiere y sin medida, de un reino a otro, y sólo Dios le juzga?» (15)

Claro es, que Lope quiere que la justicia responda a su verdadero concepto, al de virtud que consiste en dar a cada uno su derecho, y lanza en «La inocente sangre», esta severísima advertencia:

«Los que en la tierra juzgais
Mirad que los inocentes
Están a cargo de Dios
Que siempre por ellos vuelve.
No os ciegue pasión ni amor:
Juzgad jurídicamente;
Que quien castiga sin culpa,
A Dios la piedad ofende».

ANGEL RODRÍGUEZ PASCUAL

Ayuntamiento de Madrid

El Otoño del poeta

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(Continuación)

—¿No le había V. visto todavía? Es el novio de Mari-Sol. Desde chicos, los padres concertaron el bodorrio, un bodorrio, un poco de conveniencias, «de razones de Estado», ya que él posee unos palmos de tierra cerca del pueblo. Total, una miseria, pero una fortuna, para estas pobres gentes. En verano, se va a la recogida de la aceituna a la provincia de Jaén, y no vuelve hasta comienzos del Otoño, en que se dedica a labrar sus bancales. Por eso no le conocía V. Hace pocos días que llegó al pueblo. Pero no le preocupe. Le aseguro que no será obstáculo a sus planes. Estas campesinas se entregan con la fiera de las panteras en las selvas vírgenes. Las prohibiciones de la sociedad, los celos horribles de sus hombres, son incentivos que desbordan y acrecen sus instintos...

A Javier le asqueaba la crudeza, el desenfado del mediquillo; y aquel concepto que tenía formado de Mari-Sol, le indignaba, más que la humillación de un trallazo en el rostro. Fué a contestar, pero un desaliento tan grande, un dolor tan vivo se apoderó de él, que la frase hiriente y mordaz, se apagó en sus labios. Y en su azoramiento, no se le ocurrió más que decir: —¡Ah! ¿Pero Mari-Sol tiene novio? No sabía nada. Ella nada me dijo.

—¡Cómo iba a decirselo, hombre de Dios!

XI

Sentía remordimiento y confusión, porque aquello que estaba haciendo le parecía una indignidad; y sus instintos caballerescos, se revelaban, ofendidos.

Cuando supo que aquel muchachón, arrogante, fuerte y hermoso,—Nolo de la Braña, como le llamaban en el pueblo—era el novio de Mari-Sol, unos celos horribles le llenaron el corazón de amargura y los ojos de lágrimas. ¿Cómo no se le ocurrió nunca pensar que Mari-Sol pudiera tener novio? ¿Y por qué ella no le habló de aquel noviazgo, pactado, desde tanto tiempo atrás por las dos familias?

Nolo no se alejó durante toda la tarde de la hermosa aldeana. La seguía, con la dócil sumisión de los temperamentos ardientes, amorosos y enamorados, y en medio de su rusticidad, tenía para ella, atenciones y delicadezas exquisitas.

Dos o tres veces, el galán y Javier se encontraron frente a frente, mezclados entre los grupos de romeros; y sus miradas se cruzaron: cargada de odio y desprecio, la del campesino; tranquila y altiva, aunque dolorida, la del marqués.

Y al obscurecer, cuando la procesión salía de la ermita, Benalgar los vió huir de la gente, aprovechando la loca algarabía de las músicas, las campanas, y el vocerío de coplas, religiosas y populares; los vió huir, recatándose en las sombras de la noche, y encaminarse hacia el río, allí donde los álamos y las acacias tejan un cobijo misterioso y romántico...

Un vértigo absurdo se adueñó de su cerebro; dió esquinazo al médico, y se internó en el espeso bosque de la ribera, espíando, a distancia, los pasos de la pareja.

Al principio, fué un movimiento inconsciente, en el que la voluntad no tuvo parte alguna... No sabía adónde iba, ni por qué espía a los novios; ni de qué podrían servirle las frases que sorprendiera allí, en el misterioso cobijo de las acacias y los álamos.

Después, la inconsciencia cedió paso a la razón, y advirtió todo el alcance de aquella indig-

nidad que estaba realizando, y sintió remordimiento y confusión. Pero a pesar de ello, siguió avanzando, ocultándose detrás de los árboles; dando largos rodeos; deteniéndose en los ratos en que los novios se paraban; procurando que sus pies no hicieran crujir las hojas secas, que se amontonaban en el suelo; arrastrándose, a trechos, sobre los helechos, los matorrales y guijarros, como un ladrón, experto y glacial.

Nolo y Mari-Sol, hicieron alto en el recodo del río.

Ella, muy cansada, se reclinó, con indolencia, en el tronco de una palmera, tan frondosa, que las puntas de sus ramas se hundían en el agua, curvadas, como abanicos gigantescos... El, de pié, accionaba vivamente, mientras hablaba en voz sorda, cuyo eco, fundido con la brisa, llegaba, como un rumor lejano, a oídos del poeta...

Cauteloso, Javier se acercó a los jóvenes... Trémulo, conteniendo la respiración, oyó, a través del cortinaje de enredaderas y arbustos:

...y aunque te empeñes en ocultarlo, yo no puedo creerte. Es inútil que te molestes en fingir una indiferencia que no sientes. ¿No sería mejor hablar con franqueza?

Le interrumpía Mari-Sol, con acento dulce, rumoroso, bañado de lágrimas:

—Calla, Nolo. Estás loco. ¿Quién te hizo pensar tanto desatino?

Pero Nolo, con aquella voz ronca, que llegaba a Javier mezclada con la brisa del atardecer, insistía, implacable:

—El marqués te quiere. Lo he visto mirarte, y su mirada dice toda la pasión que le arrastra hacia tí. Hay que estar ciego para no ver esas cosas.

—Ciego estás tu. Ciego de rabia y de celos. Una rabia y unos celos que no comprendo, porque no tienes razón para sentirlos...

—Déjalo. No seas tonta. Quiérole tú también. Es rico, y te hará más feliz que yo. Vas a ser marquesa de Benalgar. Toda la Heredad de Lis, todo el palacio, las fincas, los millones del amo serán para tí. Es lógico que le prefieras. Yo solo, tengo la culpa de este dolor tan grande que me ahoga. Yo solo, por escuchar tus palabras de cariño, por fiar en tus promesas...

Javier oyó un sollozo inmenso, uno de esos sollozos, que parecen brotar, más que del pecho, del alma; y a Mari-Sol, reprochar, con infinita amargura:

—No tienes derecho a hablar así. ¿Qué culpa tengo yo, de gustar al marqués? Si es que realmente le gusto... ¡Porque hay tanta diferencia entre los dos! No diferencia de posición social, si no de educación, de temperamento. Oyeme, Nolo... El amo no es un hombre como los demás. Si lo fuera, no sería un genio. Yo admiro su inteligencia, sus versos; la elocuencia brillante con que sabe contar las aventuras que ha vivido; las tierras, las bellezas, las obras de arte que ha visto en sus viajes por todo el mundo. Pero de ahí, a enamorarme de él, va un abismo. Calla, no me interrumpas... Un abismo, que nunca podríamos salvar ni él ni yo. Porque hay distancias que jamás se acortan. El ha vivido tanto; ha gozado tanto, que su corazón está cansado de todo y no es capaz de quererme como yo sueño ser querida. El necesita las complicaciones de las mujeres refinadas, exquisitas; también un poco cansadas de vivir. Si yo cediera a su capricho de ahora, ¡qué pronto se aburriría de mí, como se aburría de tantas otras!... Solo tu puedes comprenderme, Nolo. Tu, que eres sano de cuerpo y de alma, lo mismo que yo. El, no me comprendería nunca. Es un pobre envenenado de literatura, de ambición, de gloria, de sensualidad... ¿Ves lo enfermo que está su cuerpo? ¡Ah! Pues aún lo está más su espíritu. Jamás, jamás me enamoraría de un hombre así. En cambio de tí...

—¿De mí, qué nena?...

—¡Ay, Nolo! Me gustas tanto, que si alguna vez me dejaras, me moriría de pena.

Javier, estremecido, se agarró con fuerza, a la enredadera que le separaba de los novios; unas púas se le clavaron en las manos, y unas gotas de sangre le mancharon la seda de la camisa, blanca, impecable... Cerró los ojos, y estuvo mucho tiempo sin oír nada, sin experimentar ninguna sensación, con el alma diluida en un sopor lleno de absurdos, de horribles terrores... Cuando los abrió, los campesinos habían desaparecido, y los cánticos de los romeros se oían

lejanos... Debía ser ya muy tarde. Las estrellas temblaban en el Cielo, y entre los árboles de la ribera, sonaban, mansas y siniestras, como un agorero deslizarse de reptiles, las aguas del río. Sintió frío, y tuvo miedo de aquella soledad y de sí mismo. Con la cabeza dolorida y las piernas torpes, echó a andar sin rumbo, a lo largo de la orilla.

XII

Aquella charla, sorprendida junto al río, allí donde las acacias y los álamos, tejían un amable cobijo, fué el golpe de gracia, asestado a su última ilusión. ¡Pobre ilusión de artista decadente; amor loco y febril, nacido en el crepúsculo de un cerebro semimorboso, y destinado a morir, como esas llamaradas fugaces, que encienden las estrellas errantes en el Cielo de una noche serena!...

Le dolía, más que el desamor de Mari-Sol, el concepto que de él tenía.

—Es un pobre envenenado de literatura, de ambición, de gloria, de sensualidad... Jamás, jamás podría enamorarme de un hombre así...

¡Ay! Aquellas palabras crueles, se le clavaban en el alma, como espinas punzantes, como el aguijón de un remordimiento... Otra vez dióse a vagar por las estancias del palacio, y por las alamedas del parque, hundido en el abismo de un dolor inexpresable, de una melancolía sin nombre.

Finaba Octubre, y había en el ambiente de la Heredad de Lis, un como presagio de amenazas torvas. De los rosales, marchitos, caían al suelo las rosas amarillentas, y la brisa, al deshojarlas, se llenaba de un perfume embriagador y antiguo. Apenas cantaban los pájaros, escondidos en las frondas; y en los breves atardeceres, el viento hacía sonar en los bosques de pinos y en las ramas de los mirtos, una canción atemorizante y arcana. Y en aquellas horas silenciosas y recogidas, Benalgar paseaba por las alamedas augustas y los salones magníficos y regios; y su silueta alta, elegante, estilizada por la anemia y el sufrimiento, era como una sombra más en las sombras que nacían.

XIII

Estaba sentado al pié de uno de aquellos arcos, cubiertos de hiedras centenarias, que daban al jardín de Lis, el aspecto de una ciudad noble y encantada. Cerca de él, una fuente de piedra gastada, colgada de musgo, recogía el agua que arrojaba un fauno de mármol. Javier leía uno de sus primeros libros de versos, dedicado a una princesa italiana, hermosa y desdichada, a quien él conoció en sus años ya lejanos de juventud.

Aquel amor romántico, —flor de pocos días, como todos sus amores— perfumó las horas más felices de su vida; y hallaba un dulce placer al evocarlos, porque la infeliz y bella princesa, inocente y pura como Mari-Sol, le amó con una pasión ardiente y cándida, confiada y feliz. Pasó junto a ella sin conocerla, y la olvidó pronto, con la indiferencia inconsciente, que tanto le hacía sufrir ahora en Mari-Sol.

Se hallaba muy abstraído, y no oyó unos pasos leves que sonaron a su espalda.

Dos manos blancas, perfumadas y sedosas, le cubrieron los ojos.

Sin abandonar su abstracción, las tomó entre las suyas, las besó, con un beso largo, apasionado, y murmuró:

—¡Ah! ¡Qué fragancia!...

Una voz dulce, contestó, bajito:

—¿Te acuerdas de aquellos versos que hicistes a la fragancia de mis manos? Te dieron fama. Algunos críticos los juzgaron tus mejores versos.

(Se continuará)

BIBLIOGRAFÍA

En esta sección daremos la crítica de los libros y revistas que nos sean remitidos por sus autores.

INTIMIDADES LITERARIAS.—Por Eduardo de Ory.— Ed. Imp. Alvarez.— Cádiz.— 1937.— Eduardo de Ory es un escritor «rara avis». No siente enfermizas impaciencias por descollar entre sus colegas y en muchos años de producción ha acreditado sus dotes de poeta delicado, de crítico agudo y comprensivo y de prosista correcto, sin apelar a las artes del reclamo y a la ruin estrategia de los trepadores.

Espíritu noble, limpio de pasioncillas, jamás sintió ese pecado llamado envidia, que según frase feliz de «Clarín», lleva en el pecado mismo su acerba penitencia.

Eduardo de Ory es generoso hasta el despilfarro con sus hermanos de profesión, y si tiene alientos para los principiantes, encuentra piadosas disculpas para los yerros de los alocados e inexpertos.

Literato puro, de los que aman la belleza por la belleza misma, nunca esgrimió la pluma como esgrime la espada el soldado mercenario. Goza en hacer bien y su Revista es puerta abierta para los que piensan alto, sienten hondo y hablan claro, como diría el autor del «D. Alvaro». Este libro de «INTIMIDADES LITERARIAS» nos muestra al desnudo su alma recta y bondadosa. Tiene pocas páginas, pero amenísimas. Hay en él, versos, confesiones, artículos de crítica, llenos de sagacidad y en ocasiones de efusión, como el que escribe sobre Rubén Darío: «un gran poeta afrancesado», como le llamó con acierto D. Juan Valera, pues si nació en Nicaragua es en realidad un hijo espiritual de Verlaine. También se inserta en él un bellísimo soneto digno de figurar en una antología, y que vale más de las cien pesetas que por él cobró su autor.

Amigo fiel Eduardo de Ory, posee en su despacho un verdadero archivo de recuerdos, documentos, autógrafos, y epístolas de innumerables ingenios, que cultivaron su trato y jamás podrán olvidar al hombre ingénuo, al poeta en la vida y en los libros, digno de haber nacido en esa Atenas andaluza, patria de Castelar, de Moret y de Pemán, y de tantos otros talentos esclarecidos.

Devoto de España y de las veinte naciones americanas que tuvieron en ella su institutriz, ¡con cuánta pena contemplará la ingratitud de ese pueblo mejicano ayer mediatizado por los yankees, y hoy mísero esclavo de ese bárbaro pueblo oriental que tiene a Lenin por su dios y a Jesucristo por su mayor enemigo!

¡Con cuánta amargura verá la actitud egoísta de ciertos pueblos sud-americanos frente a la tragedia de nuestra Patria, y recordará la famosa aventura de aquellos galeotes que libertados por el héroe de la Mancha, no supieron pagar su generoso rasgo de otro modo que acosándole a pedradas! «Hacer bien a villanos es echar agua en la mar», pensará como D. Quijote.

El libro-mosaico de Ory nos encanta y si tiene algún defecto, es su misma brevedad. Al concluir su lectura deploramos que no continúe, a la inversa de otras obras de trescientas páginas que han agotado en las cincuenta primeras nuestra capacidad de resistencia física y estética, y nos abruman por su pesadez cuando no por su incurable majadería.

«INTIMIDADES LITERARIAS» está dedicado a un ciudadano benemérito y funcionario ejemplar: a D. Eduardo Valera Valverde, cuya gestión al frente de los Gobiernos de Cádiz y Córdoba nunca será olvidada y es acreedora a la más señalada recompensa.

PASCUAL SANTACRUZ

NOTA DE JÚBILLO.—Días pasados, en el teatro San Fernando de Sevilla, la ilustre artista de la escena, Carmen Díaz, estrenó la última obra del poeta, nuestro poeta de siempre, José María Pemán: «Almoneda». Según leemos en la prensa, el acontecimiento ha sido un nuevo éxito del glorioso autor. Nosotros, que desde hace mucho tiempo, seguimos la marcha literaria del poeta, nos alegramos de que así haya sido. Esperamos verla pronto por Jerez, y hasta entonces prometemos a nuestros amigos, fieles todos en esta tarea de arte, nuestra impresión detallada de la obra, que ofreceremos con la admiración justa y leal que todos sentimos en esta casa por el autor de «Noche de Levante en calma». Así, pues, hoy ofrecemos a José María Pemán, desde nuestra tierra de labor, desde la siembra esperanzada de nuestros sueños, la brisa clara y divina de nuestro júbilo de hermanos, juntos en la lucha para siempre y de siempre: la lucha santa de lo Eterno que no entiende de fechas ni de horas.

Revista literaria ilustrada "GENTE CONOCIDA". En Cádiz, paisaje azul y blancura de sol, hace unos meses que surgió, con el atractivo de su amenidad, esta bien editada revista literaria. Su impulso pleno lo dió un poeta que se pasa la vida haciendo versos, porque no sabe otra cosa: y ya es divina ventura de abandono esta exclusiva tarea de hacer poesía. Muy jugoso y simpático el fondo de la carta en que José María Pemán comenta la vocación literaria del Sr. Ory. Con este primer viento, largo y henchido de voluntad y de entusiasmo, «Gente Conocida» ha de ocupar un buen y destacado puesto en la esfera de su género. Recoge en sus páginas, el verso inspirado y luminoso, junto al artículo científico, al lado de sus páginas sentimentales, en el haz apretado y firme de sus cánticos patrióticos. Ello es buena prueba de amplitud de alma y de intención abierta. Nosotros, austeros en nuestra tarea de Poesía, recogemos la variedad de esta nueva publicación con la unión fervorosa de nuestro aplauso y de nuestro júbilo. Enhorabuena al poeta Eduardo de Ory, y a cuantos han hecho posible la salida de esta simpática y amena revista ilustrada.

TRATADO DE LOS VINOS.— Edición especial de D. Luis PÉREZ SOLERO.— Hemos recibido, con qué alborozo de buen paladar, unos ejemplares de la última edición de la obra que hace algunos meses dió a la luz del público, el culto y activísimo Jefe de Propaganda de la Casa González Byass D. Luis Pérez Solero. La obra, edición «corregida y aumentada», está admirablemente impresa, sobre todo por dentro, ya que dado el contenido real y «convinciente» de sus dos lecciones «embotelladas», las primeras páginas, únicas de papel, apenas si ofrecen gran interés práctico. Dos pequeñas botellitas de famosísimo «Imperial Toledo», el vino de los héroes, alma de los licores de Jerez, ofrenda al glorioso Alcázar, constituye el texto íntegro y único de esta admirable obra de divulgación «vinícola». Vienen los tres ejemplares dedicados, cordialmente, a los tres editores de «Cauces», con fervorosa demostración de aliento y estímulo para todos, deseándonos que aprendamos a «encauzar capítulos de un libro, con esta «divina y poderosa» fórmula de riquísimo vino. Felicitamos a su editor por el éxito que ha conseguido el «TRATADO DE LOS VINOS», según nos consta por los valiosos juicios que hemos recibido de algunas destacadas firmas, y le hacemos patente nuestro deseo de que vuelva a repetirse el envío con el adagio literario de la «corrección y el aumento». Muchas ediciones como esta son necesaria para que los pobres de voluntad y cortos de espíritu, sepan ahondar en esa atmósfera de «sagradas visiones» que nos envuelve, en esa hora última de visita en las bodegas, en que sólo se oye «el lento envejecer del vino en la bota» como dice con admirable maestría Luis Pérez Solero en su obra, próxima a salir, «Visitando la Bodega». Muchas gracias por el obsequio, y tenga la seguridad, nuestro culto y querido amigo, primer encauzador de nuestra obra, de que aprenderemos, en esas dos poderosísimas lecciones, a «encauzar», por nuestra parte, los capítulos de nuestras vidas unidas y firmes en esta obra de arte y de poesía.

«CAUCES»

Talleres Tipográficos

M. MARTIN

José L. Díez, 7. - Telf. 1259. - Jerez

Encargando sus trabajos a estos talleres, quedará Vd. satisfecho de la calidad y economía que encontrará en los mismos



Destilerías del Guadalete R. H.

Puerto de Santa María - Fábrica de Licores Superfinos

ESPECIALIDADES: Anís Rives - Ginebras - Crema de Mandarinas - Caña y Ron Genuino. - Curaçaos, Doble Color y Triple Seco. - Anisete Español.

APERITIVO X, Amargo, Tónico Aperitivo Genuino

DISPONIBLE

Esencias y Productos Enológicos

“LUQUE”

GENERAL SÁNCHEZ MIRA, NÚM. 14.

TELÉFONO NÚM. 1736

JEREZ DE LA FRONTERA

Ayuntamiento de Madrid

Tres marcas,
Tres tipos,
Tres estilos:

Vino de la Raza
Oloroso Viejísimo

Río Viejo
Macharnudo Alto

Jandilla
Amontillado Macharnudo

Son tres vinos de
Domecq